



PALABRAS

del señor consiliario doctor José Antonio Montalvo ante el cadáver de Monseñor Carrasquilla

HABLO en nombre del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, como miembro de la Consiliatura y por reiterada insinuación del señor Vicerrector. También el Excelentísimo señor Patrono del Colegio ha querido que lleve su voz en esta tribuna y en tan solemne hora. Lo que voy a decir no es un discurso de elogio fúnebre, porque si el homenaje de despedida que en este triste instante le rendimos a Monseñor Carrasquilla hubiera de ser del entendimiento, ante la memoria del suyo, excelso, tendríamos que callar; y porque el dolor filial tampoco me dejaría fuerzas para hacerlo. Son nuestros corazones los que hablan ahora: en cada uno de ellos se abre ancho cauce por donde corren los más encontrados sentimientos: la gratitud de siempre unida al pesar de hoy, la admiración junto con el desconsuelo de lo irreparable, el amor acongojado al par que la conformidad con lo que el Señor quiso.

Huérfano ha quedado el Colegio del Rosario, esta institución, la más ilustre y perdurable de nuestra patria, que nació libre y democrática en la tímida Colonia; que fue luego la «portentosa fábrica de la República»; que Monseñor Carrasquilla supo restaurar en su antiguo esplendor; que está «tocada de eternidad» por el amparo de *La Bordadita*, por el régimen constitucional que hace tres siglos le infundió su santo fundador y que sabiamente complementó y puso de acuerdo con los tiempos

actuales nuestro gran restaurador; y por su autonomía e independencia, que los colegiales hemos jurado, sobre los evangelios, defender y hacer respetar.

Pierde la Iglesia un potente luminar, un apóstol insigne, una inteligencia tan esclarecida como sumisa a la fe, el adalid de la doctrina, que mientras mayores triunfos conquista para su gran causa, es más obediente y afectuoso con sus superiores jerárquicos.

Y ¿la Patria?

Se han ido poco a poco los grandes sin que en esta época de pequeñez veamos surgir otras figuras a reemplazarlos. Mueren Caro y Suárez y no aparecen en las nuevas generaciones los otros humanistas; acaban Uribe Uribe, Cuervo, Nicolás Esguerra, Cortés Lee, y el espíritu se pregunta angustiado ¿quiénes son los polígrafos, cuáles los lingüistas, dónde están los estadistas y los filósofos que habrían de sustituirlos en medio del desamparo que nos aflige?

Por desdicha somos los de hoy frívolos, superficiales, iletrados, volubles.

Hace pocos días sucumbió, al otro lado del mar, el roble cuyas ramas, por voluntad de él mismo, vinieron a caer entre la tierra colombiana. Hoy es el cedro de El Líbano, semejante a aquel otro que esparce sus aromas a través del Libro Santo, este árbol coposo y fructífero, cuyo tronco no se doblegaba a los insistentes y duros golpes del hacha, pero que al fin se desprendió dulcemente, suavemente, como para no maltratar las queridas raíces, estas raíces que se hunden en el claustro rosarista y que serpean por todos los rincones del país, que están heridas pero no muertas porque se mantendrán con el jugo nutricio de la doctrina aprendida y del patriotismo inexhausto de este gran colombiano cuyo cuerpo va a reposar en la misma capilla donde pasaron su última noche los próceres de la guerra magna.

No hay quien suceda a estos hombres que murieron de amor al país. Pero los muertos ilustres habrán de resucitar el ideal que va desapareciendo de nuestros planes.

Ni es posible que tenga verdadero continuador quien realizó el tipo de perfección que buscaban los griegos en el hombre múltiple y completo: entre nosotros ha habido quienes tengan en grado eximio alguna de las cualidades que admiramos en Monseñor Carrasquilla: pero sólo él fue a un tiempo mismo escritor admirable y príncipe de la elocuencia, teólogo y literato, estadista y filósofo, versado en casi todas las ciencias humanas, educador, sacerdote virtuosísimo y gentil hombre de sociedad.

Pero a pesar de su talento, de su bondad, de su dón de gentes, de la elegancia y sencilla majestad con que se condujo en la vida y que logró imprimirle a nuestro colegio; aparte de su sabiduría y su ciencia, de la firmeza de su carácter y la rectitud para pensar y obrar, mirándolo, tal vez con ojos demasiado humanos, vemos en él dos cualidades que culminan: la amistad y el culto de la patria.

El patriota, pudiéramos llamarlo por antonomasia; idólatra de Bolívar y Nariño, y enamorado de la República, de sus labios salieron ardientes todas las palabras con que maestro alguno logró jamás infundir para siempre en sus discípulos la devoción al país, presta a sacrificarse por él si es necesario, la defensa de su dignidad y el más amplio espíritu de tolerancia, amistad y protección para los hombres de todos los partidos.

Amigo fiel y resuelto, conocedor del afectuoso detalle con que las delicadezas de uno pueden suavizar la vida de los demás, con el pensamiento puesto siempre en el bien de los otros, nunca en la propia comodidad, con el consejo lúcido y como preparado de ante-

mano, listo a dar su apoyo sin reticencias egoístas, agradecido, consolador y magnánimo, leal por estirpe, sincero y constante por temperamento y por educación.

Mentira parece que tanto bien se nos acabe en un instante, que no podamos ya acudir a su consulta, que su sombra no alivie en adelante la aridez de nuestras almas, que dejemos de escuchar su voz de estímulo para no caer, de perdón por haber caído.....

Y sin embargo de su desaparición insiste uno en interrogarse, como habitualmente en vida del maestro y del padre: ¿qué dirá de lo que hice? ¿qué pensará de lo que estoy diciendo?

Muchos hijos del espíritu deja Monseñor Carrasquilla; pero de cada generación estudiantil hubo así como un núcleo de jóvenes más obligados hacia él por la intimidad de trato y por los beneficios recibidos. Para éstos, para los que le debemos todo y tuvimos un puesto en su hogar venerando; para mí, que momentos antes del fin estreché su noble mano, caliente aún, entre las mías, trémulas de emoción, el dolor público que aflige a la Patria es todavía más lacerante y nos hace prorrumpir en aquella pregunta terrible que el cielo no contesta y que los hombres le hacemos en nuestra desolación: «¿Por qué, por qué, Dios mío?»

